

JOSE J. ALEMANY

*Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid)*

## **LA COMPAÑÍA DE JESUS Y EL FUTURO DEL ECUMENISMO**

El XIII Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas ha tenido lugar en Boston del 22 al 27 de julio de 1994. Con esta nueva edición se proseguía la serie de reuniones iniciada en Schönbrunn (Suiza) en 1966, y continuada desde entonces con regularidad, hasta la última en Chantilly (1989)<sup>1</sup>. Participaron en esta ocasión unos 70 jesuitas con representación de todos los continentes, si bien, por razones explicables, el grupo más numeroso procedía de los EE.UU y Canadá. Se contaban entre ellos profesores de teología, especialmente en las áreas más directamente concernidas por los problemas interconfesionales, así como también otros ocupados, con dedicación más o menos preferente, a las cuestiones doctrinales o prácticas que lleva consigo el diálogo entre las iglesias cristianas.

La asamblea se desarrolló en las dependencias del Boston College, pero su convocatoria y organización estuvieron a cargo de la Weston Jesuit School of Theology, de Cambridge (MA). Se trata de una facultad integrada, desde hace ya 25 años, en el Boston Theological Institute, un consorcio del cual forman parte igualmente otras instituciones académicas de la zona, de distinta identidad confesional. Un enclave ecuménico excepcional, donde el encuentro entre cristianos de las diversas Iglesias, con la vivencia directa de los aspectos que los aproximan y los dividen, pertenece a la experiencia cotidiana.

«La Compañía de Jesús y el futuro del ecumenismo» fue el tema escogido para centrar la reflexión de este grupo de jesuitas. Una reflexión que, como les indicaba el Prepósito General de la orden, P. Peter-Hans Kolvenbach, en el es-

---

<sup>1</sup> Véase mi crónica «*Sentire cum Ecclesia*» y la tarea ecuménica de la Compañía de Jesús: *Estudios Eclesiásticos* 65 (1990), 331-338.

crítico de saludo y aliento que les dirigió, lejos de ignorar las dificultades, debería ser acompañada por un serio y responsable análisis.

«guiada por la convicción de que, una vez que se ha tomado conciencia del escándalo de la división, ya no es posible volver atrás refugiándose en la resignación y la indiferencia; solamente puede darse el avance por medio del diálogo y la cooperación, por el incremento de la comunión, aunque el camino sea mucho más arduo que lo que se había supuesto en el punto de partida.»

A juicio del P. Kolvenbach, que cuenta él mismo con largos años de experiencia en el contacto con otras tradiciones cristianas y no cristianas, el momento de la celebración del congreso podía considerarse oportuno por su emplazamiento entre acontecimientos de no escasa repercusión eclesial y ecuménica: entre la reciente V Conferencia Mundial de «Fe y Constitución» y la inminente 34.ª Congregación General de la Compañía de Jesús; cuando acaba de publicarse el revisado *Directorio Ecuménico* y se encuentra en plena preparación el Sínodo de los Obispos sobre la vida religiosa.

Los participantes en el congreso concentraron sus esfuerzos en el estudio de temas concretos que pudieran contribuir a hacer realidad tal orientación. Siete ponencias básicas, una veintena de comunicaciones, amplios espacios dedicados al diálogo, intercambio de informaciones y experiencias, perspectiva sobre actividades de distintas instituciones y sobre novedades bibliográficas configuraron una intensa tarea durante los días del congreso y ofrecieron una bien aprovechada oportunidad para la intercomunicación, la profundización y la puntualización en torno a un tema cuya importancia compartían todos los asistentes. En la imposibilidad de valorar adecuadamente este nutrido volumen de trabajo, creo de interés dar cuenta al menos de algunas sugerencias más destacadas en las ponencias presentadas.

La de Jos Vercruyse, profesor de Eclesiología y Ecumenismo en la Universidad Gregoriana y consejero del P. General en lo relativo al ecumenismo, se proponía analizar «The Ecumenical Movement in the mirror of Santiago». A la luz de lo percibido en la conferencia de Fe y Constitución, en la que él mismo había participado en la ciudad compostelana, el P. Vercruyse hacía una llamada a la lucidez y la honestidad ante la realidad como condiciones para todo trabajo ecuménico. Denunciando la crisis de los diálogos oficiales, dentro de su indudable fecundidad, por su carácter predominantemente académico y por la ausencia o lentitud en las respuestas de las respectivas jerarquías eclesiales, el ponente apuntaba decididamente a una «eclesiología eucarística», construida sobre una «eclesiología bautismal» bien desarrollada, y constituyendo ambas los pilares indisociables de una eclesiología de comunión. Pero, al mismo tiempo, teniendo en cuenta que

«ninguna eclesiología puede ser absoluta; tiene que ser elaborada en el contexto de una teología de la creación que reflexione sobre la más profunda fundamentación de la *koinonía* de los seres humanos, creados como *imágenes Dei*... Si una eclesiología pre-ecuménica pensaba en categorías bien definidas de «dentro-fuera» y en una estricta interpretación del *extra Ecclesia, nulla salus*, orien-

tada a un juicio perentorio sobre ortodoxia o heterodoxia, una postura ecuménica sabe que hay un largo camino hasta llegar a un futuro que no está en las manos de ninguna persona viviente.»

De su propuesta deducía Vercruysse consecuencias para la futura orientación de Fe y Constitución, para las relaciones entre el CEI y sus iglesias miembros, para la asunción de compromisos y responsabilidades en la sociedad. Y a los jesuitas en concreto los invitaba a incorporar una cierta *forma mentis*, una actitud espiritual caracterizada por

«una gran capacidad para escuchar y para entrar en diálogo con la vital y humilde confianza de que Dios está trabajando en nosotros mismos, sí, pero también por medio de otros, en la mayor variedad posible, en lo próximo y en lo lejano...».

El H. Jeffrey Gros FSC, subdirector de la Comisión de Asuntos Ecuménicos de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, presentó una amplia panorámica bajo el título «Reception and Roman Catholicism for the 1990's». Sus dos partes consideraban críticamente tanto la recepción del movimiento ecuménico en la Iglesia católica romana como el de ésta por aquél; en ambos casos, con sus aspectos positivos y negativos. La conciencia de la necesaria conversión, y las recientes actuaciones magisteriales y eclesiológicas se cuentan entre los primeros. Entre los últimos, compartía el sentimiento de frustración señalado por Vercruysse respecto del resultado de los diálogos ecuménicos «precisamente porque el éxito que los ha acompañado no ha contado, en el mismo nivel, con recursos institucionales para responder a él, evaluarlo competentemente o conceptualizar los pasos siguientes».

Gros veía en el carácter universal de la Iglesia católica romana y en su diversidad y pluriculturalidad internas (en contraste con la dimensión nacional de las iglesias interlocutoras) un problema para la recepción del catolicismo en el movimiento ecuménico. Y sus conclusiones destacaban como importantes los desafíos a afrontar en el terreno institucional, que incluye a su juicio el desarrollo de la creatividad de los canonistas en el hallazgo de nuevas fórmulas para la búsqueda y fortalecimiento de la unidad, así como la multiplicación de las iniciativas de encuentro en todos los niveles por parte de la jerarquía católica; en el de la investigación teológica, con el alumbramiento de modelos plausibles y explotación de las consecuencias de la inculturación; y en el aspecto relacional, fomentando el conocimiento mutuo y la realización de acciones personales incluso más allá de lo que los cuadros institucionales pueden respaldar oficialmente.

El trabajo de Margaret O'Gara, profesora de Teología Fundamental en el University of St. Michael's College de Toronto, se centró en un punto muy concreto, pero de indudable repercusión en las relaciones interconfesionales: «Rethinking infallibility in ecumenical dialogue: epistemology, ecclesiology and the issue of reception». La convicción de que determinada comprensión de la infalibilidad constituye «a strunbling block» en el avance hacia la reunión de las

Iglesias es, sin duda, compartida por todas ellas. De aquí que la ponente propusiera una reinterpretación del concepto, desde una mentalidad clásica, estática y universalizante a otra que valúe la dimensión histórica del conocimiento humano; desde su inserción en una eclesiología piramidal a su iluminación en el marco de una eclesiología de comunión.

La profesora O'Gara encontraba apoyo para su postura en la manera como han tratado el tema la Comisión Internacional Anglicana-Romano Católica (AR-CIC) y el Diálogo Luterano-Romano Católico que se desarrolla en Estados Unidos. El estudio de los documentos procedentes de ambas áreas de encuentro le permitía comprobar las posibilidades de destacar en la autoridad docente los rasgos de servicio y de cuidado por una transmisión creíble de los contenidos de la fe a través de la diversidad de los tiempos, los espacios y las culturas. Pero al mismo tiempo, «la infalibilidad de acuerdo con esta interpretación integra la recepción, porque la totalidad de la Iglesia está implicada en el proceso de discernir las enseñanzas del magisterio, incluso las que tratan de puntos esenciales de la doctrina».

Una mirada «desde fuera» se le había confiado al protestante Dr. Richard Mouw, presidente del Fuller Theological Seminary. La ofreció refiriéndose a «Evangelicals and Roman Catholics in dialogue»: un tema, como él mismo reconocía, recargado con mucho bagaje histórico y emocional, y quizá perjudicado por el hecho de que los evangélicos saben más sobre los católicos que a la inversa, lo que origina equívocos y confusiones por parte de éstos.

De aquí que Mouw dedicara casi más extensión en su conferencia a hablar de los puntos de vista evangélicos que del diálogo propiamente dicho. Pero también aspectos de éste quedaron aludidos, con especial referencia a lo que sucede en el ámbito californiano. Así abogaba el orador por una mejor comprensión evangélica del culto católico a los santos y por una colaboración en la exploración conjunta de lo que significa Cristo en las diversas realidades culturales.

El P. Robert F. Taft, profesor de Liturgia Oriental en la Pontificia Istituto Orientale de Roma, dirigió la atención de los congregados hacia la situación respecto de las Iglesias del Este: «The Catholic Church, the Society of Jesus and the challenges of dialogue with the Eastern Churches». La primera parte de su larga exposición estuvo dedicada a aclarar el complicado problema del uniatismo, a su juicio el mayor que en este momento bloquea la comunión y el diálogo fructífero con dichas Iglesias. Tras los necesarios preámbulos históricos para situar el asunto, Taft ponderaba cómo el método de reunión parcial de algunas Iglesias ortodoxas con Roma, amputadas sucesivamente del conjunto de las Iglesias orientales, es visto por éstas como una conquista del imperialismo católico y, por tanto, resulta absolutamente contraproducente para una buena prosecución de las relaciones.

El P. Taft ampliaba a continuación su horizonte para presentar numerosas sugerencias en orden a una mejora general de relaciones entre el catolicismo romano y las Iglesias ortodoxas, insistiendo sobre todo en el abandono del centralismo y en el desarrollo creativo de iniciativas, incluso unilaterales, por par-

te del primero. En la última parte de su exposición centraba su mirada en los jesuitas, contemplados por el Oriente todavía con suspicacia y desconfianza por sus actitudes y errores pasados. Sin rehuir la toma de conciencia y la asunción de responsabilidades por estos hechos, Taft animaba al realismo, la paciencia, la honestidad, la aplicación del discernimiento ignaciano, la búsqueda de contactos ecuménicos e intelectuales con las fuerzas positivas de la ortodoxia puestas al servicio del bien, la propagación de una visión equilibrada, ni acrítica ni acomplejada, la cristiandad latina, en términos que puedan ser comprendidos y apreciados por los ortodoxos.

De total actualidad fue también el tema estudiado por el P. John F. Long, profesor de Ecumenismo e Historia de la Iglesia en el Pontificio Istituto Orientale y rector del Collegium Russicum de Roma: «The revised Ecumenical Directory: observations and reflections». Buen conocedor de la génesis de este documento, el P. Long trazó sus principales fases para pasar luego a un comentario de algunos puntos concretos. Especial relieve daba, como es lógico en este contexto, a los artículos 50-51, en que se estimula la actividad de las órdenes y congregaciones religiosas en torno al ecumenismo, así como la adecuada preparación de sus miembros para esta tarea.

En su valoración del Directorio, en conjunto francamente positiva, el ponente hacía notar tres aspectos como más dignos de ser tenidos en cuenta: el hecho de que la preparación del texto haya sido precedida de extensas consultas en muchos niveles, de tal manera que «el Directorio no ha sido el resultado de algunas especulaciones del Vaticano en su torre de marfil»; el que no sea una prolongación de los códigos de Derecho Canónico, sino un documento que busca conscientemente ser un instrumento de formación para todos los sectores de la vida cristiana; y el que se trate de una expresión de la Iglesia católica, basado en la comprensión doctrinal, sacramental y canónica que la Iglesia tiene de sí misma y aceptando, por tanto, que algunos aspectos quizá no correspondan por completo a la autocomprensión y prácticas de otras Iglesias cristianas.

Como último ponente, el P. Michael Hurley, fundador y presidente de la Irish School of Ecumenics de Dublin habló de «Ecumenism and General Congregation 34». La próxima celebración de esta asamblea de los jesuitas le daba ocasión para ponderar los cambios de mentalidad efectuados en los últimos tiempos, no en último lugar también gracias a la aportación personal del anterior General, el P. Pedro Arrupe, a este tema. Precisamente a él se atribuye con razón la decidida orientación de la Compañía hacia una proclamación de la fe indisolublemente unida con la promoción de la justicia y la opción preferencial por los pobres, tal como quedó institucionalmente plasmado en el famoso decreto 4 de la Congregación General 32 (1975). Pues bien, el P. Hurley se alegraba al comprobar que en la actualidad hay base para asignar una prioridad análoga al campo de la promoción del ecumenismo y del diálogo interreligioso. Pues

«el ecumenismo, como el servicio a la fe y la promoción de la justicia, no es simplemente un ministerio entre otros; es algo para todos nosotros y para todos

nuestros ministerios, para todo el conjunto de nuestra vida y trabajo. Pero lo es como un factor de integración, como una dimensión que presenta un enorme desafío, pero no entra en competencia con los ministerios tradicionales.».

Ahora bien, puesto que «nuestras almas no son naturalmente ecuménicas. El ecumenismo es una actitud adquirida, una virtud adquirida», una consecuencia práctica del criterio expuesto más arriba es la realización de lo establecido ya por el decreto 26 de la Congregación General 31 (1966) acerca de la formación ecuménica de los jóvenes jesuitas. De esa manera se adquirirá en este terreno una connaturalidad similar a la que se ha dado ya, precisamente como resultado del interés prestado a estos campos en la formación, en la asimilación de una mentalidad bíblica o en la aludida inseparabilidad de fe y promoción de la justicia.

Creo que esta reseña permite comprobar hasta qué punto el interés por los temas y problemas ecuménicos conoce en la actualidad nuevas formas de revitalización entre los jesuitas. Sin duda, hay todos los motivos para saludar con satisfacción y esperanza este hecho. Naturalmente su vivencia concreta será diversa según la diversidad de encuadramientos, la posibilidad real de contactos interconfesionales y de otros factores. Pero no es menos cierto que como mentalidad general es importante que vaya ganando espacios, y los datos aportados permiten, entre otros, constatar que efectivamente es así.

Una última iniciativa del Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas de Boston subraya estas perspectivas de futuro, y con ella concluyo estas páginas. Los reunidos elaboraron, perfilando minuciosamente sus formulaciones, un escrito al P. General, con la posibilidad de que sea asumido por la futura Congregación General 34. En él, apelando a la fidelidad al evangelio, al Vaticano II y a la Fórmula fundacional de la Compañía, se manifestaba el deseo de consolidar la responsabilidad ecuménica de los jesuitas afirmando el carácter esencial de esta dimensión. Tras señalar críticamente las insuficiencias de las estructuras y medidas actuales, los congresistas solicitaban del P. General la creación de una comisión que estudie tales carencias y recomiende las adecuadas realizaciones, sobre todo en orden a la formación de los jesuitas, incluyendo las apropiadas experiencias, y a la extensión y divulgación de los criterios ecuménicos entre sus colaboradores y otras personas con quienes los jesuitas se hallan en su contacto.